

**Barcelona**

**ha de reaccionar**

A pesar de la proximidad de las fiestas navideñas, Barcelona no acaba de despegar. No se ve, en las calles, en los escaparates, en la vida ciudadana aquella punta de ilusión y de alegría que caracteriza la Navidad urbana.

Ya sabemos que frente al planteamiento trascendente del Nacimiento como centro de la vida religiosa, los accidentes externos pueden parecer puras nimiedades, pero no se concibe una Navidad sin este acompañamiento que es, hasta cierto punto, la expresión de una gozosa vitalidad popular.

Es natural que la gente sensible a la situación económica, que no sólo es poco clara sino que es delicada, grave incluso, manifieste con su reserva el temor por los tiempos duros que se intuyen. Pero no podemos anotar con la conciencia tranquila la pérdida del espíritu de la Navidad, el famoso espíritu que captó con sin igual delicadeza un fiel y emotivo observador del dolor y de la esperanza: Charles Dickens.

Un pueblo reflexivo es un pueblo maduro. Tener conciencia de las diversas situaciones que se atraviesan y acomodar el camino a las exigencias de cada momento es una garantía de actitudes responsables. Pero no podemos caer en la trampa de la frialdad, el materialismo y el cálculo. Los pueblos tienen necesidad de la ilusión, aunque sea tenue y fugaz, aunque se sustente sobre pequeñas cosas amables.

Estamos hablando, repetimos, de la Navidad profana, de la habitual. La del misterio religioso sólo tiene su templo en las conciencias. Es otra cosa.

Porque nos preocupa que una gran ciudad se deteriore en sus hábitos, pierda las viejas costumbres y no encuentre fácilmente la sonrisa. Aunque existan motivos para perderla, nos gustaría que Barcelona reaccionara. Bajo nuevos vestidos se mueven las máscaras del positivismo, del escepticismo, del más triste miedo a entregarse a cambio de nada. Y esto no es bueno.

**Fatigados y estupefactos**

EL cabeza de lista de "Socialistes de Catalunya" en Lérida, vicepresidente de la Comisión de Cultura del Congreso de los Diputados, esperamos que con buenas razones, señor Felip Lorda, ha efectuado unas declaraciones a nuestro corresponsal en la capital del Segre. En ellas, el señor Lorda emite juicios que no carecen de la sindéresis exigible a todo diputado. La sindéresis dura hasta que el cabeza de lista de los socialistas leridanos proclama, con relación a los medios de comunicación social de Cataluña, que "contando con el apoyo del PSOE, a nivel estatal, estamos estudiando unas fórmulas que puedan llegar a la autogestión de los medios, aunque, quizá, no pueda materializarse en breve plazo". Agrega unas consideraciones gráficas de filosofía: "De todos modos, hay que llegar a una fórmula que garantice la objetividad de la información y que, en ningún modo, los medios de comunicación social se conviertan en alienadores de la opinión pública".

Dado que el señor diputado es socialista, nos parece muy consecuente que hable de autogestión, aunque exhiba muy cautelosas reservas. El garantizar la objetividad de información es algo que muchos periodistas hacemos cada día. Su ansiedad por los posibles efectos deletéreos —alienantes— de la información sobre la opinión pública es digna de admiración. Esperamos con el ánimo en suspenso las con seguridad iluminadoras ideas que harán nuestra tarea más justa, más completa y menos alienante. Occidente espera. Y decimos Occidente porque los países socialistas orientales ya han resuelto, a su manera, tales problemas.

Entretanto, nos permitimos sospechar que el declarante tiene una idea muy vaga de lo que es el mundo de los medios de comunicación. Quienes lo vivimos cada día, con amor y sentido de la responsabilidad, nos sentimos casi siempre en trance de humildad ante su compleja naturaleza, que impide las doctrinas dogmáticas. Sin embargo, por lo visto, y el señor Lorda no es, desgraciadamente, una excepción, una abundosa representación de los elegidos por el pueblo lo saben todo y, como consecuencia, pontifican apoyados en el báculo de las verdades inconcusas. Incluso contando con una inspiración "bona fides", empieza a ser hora de recordar a la familia parlamentaria que el país, quienes les votaron, está entre fatigado y estupefacto por la voluminosa facundia que segregan y la espiritista calidad de los resultados que obtienen.

**Modas literarias**

LOS franceses se las pintan solos en esto de inventarse «modas» literarias. Nunca dejan de tener para el ditirambo o la polémica «algo» con apariencia de novedad, y se dedican a sacarle el máximo rendimiento. Hacen santamente, desde luego. Al fin y al cabo, una literatura consiste en hablar de esa literatura: consiste en mucho más, claro está, pero también en ello. Ahora les toca el turno a unos llamados «jóvenes filósofos» o «nuevos filósofos». Los papeles que nos llegan de París, en los últimos meses, van llenos de pros y contras acerca de media docena de muchachos dedicados a la alta especulación, cuyas obras —pocas, primerizas— se prestan al juego del debate: de «hablar», aunque no siempre sea «hablar por hablar». Nadie se escandalizará, supongo, si me refiero al episodio como a una anécdota literaria más. Todo el mundo sabe que la Filosofía, como los cuentos de hadas y las novelas de ciencia-ficción es una rama de la «literatura fantástica», excepciones salvadas. Personalmente —lo he repetido hasta la saciedad— sólo salvaría dos: el «Discurso del Método» y «La filosofía en el tocador». El resto, incluyendo los «Diálogos» de Platón, la «Crítica de la Razon Pura» o el «Ser y Tiempo», pertenece a la familia de «Alicia en el país de las maravillas», que, dicho sea de paso, también es una pieza genial...

Confieso que mi información sobre el particular no es ni abundante ni rigurosa: más que nada, por inapetencia. De todos modos, he leído lo suficiente para hacerme una opinión razonable del asunto. Y parece ser que la «novedad», en este caso, se limita al hecho de que los filósofos en cuestión, «progres», no son marxistas. Exagero, sin duda. O simplemente esquematizo. Pero, sea como fuere, para ese viaje no se necesitaban alforjas. Nunca hubo, que yo sepa, ningún «filósofo» marxista. No lo fueron Marx ni Engels. Lo que Lenin tomaba por «filosofía» no pasaba de ser un ataque a las filosofías de su época: a las formas mal disimuladas y a las indisolubles de «idealismo». «El asalto a la Razon» de Lukács es otro texto significativo. Si en las jornadas militancias del «partido» figuró algún filósofo, a la corta o a la larga se produjo la discrepancia y la deserción. Garaudy, sin ir más lejos. Y el embrollo que se lleva el se-

ñor Althusser acabará mal: lo vaticino. Y no es por ponerme moños de profeta: acabará mal porque empezó mal.

El marxismo y las filosofías que montaron Marx y Engels no deja espacio para el coto-reo filosófico. Y se está dentro o se está fuera. Generalmente, se está fuera. Es natural. Lo que Marx aprendió de Hegel, para «volverlo al revés», no fue una filosofía sino una epistemología.

El único individuo que, en medio de estas confusiones, merece respeto es Sartre. Sartre, filósofo insigne, y de la peor ralea —«existencialista»—, aceptó el reto intelectual del marxismo, y no vaciló en admitir que, después de Marx, las filosofías tenían que ser «otra cosa». Sartre se había molestado en leer a Marx, a Engels, un poco a Lenin. Nunca se le habría ocurrido hacer otro tanto a Heidegger, ni a Husserl, ni siquiera a mi admirado Bertrand Russell, y no digamos a Wittgenstein. Los filósofos sólo suelen leer filosofía, como los poetas sólo tienden a leer poesía, y los demás, igualmente, lo de su respectiva especialidad. Sartre «descubrió» a Marx, y no supo ya olvidarle. Su drama —el de Sartre— ha sido el de querer compaginar su existencialismo visceral y el marxismo inexcusable. Consecuencia: fue derivando hacia un tartamudeo anarcoide, gloriosamente redactado, y ahí le tenemos, ancianito, heroico, víctima de sus «contradicciones». Sartre no ha logrado ser marxista. Bien mirado, es difícil ser marxista como Dios manda cuando uno lo pretende a partir de una cierta edad. Para ser marxista de veras se ha de «nacer» marxista, como para ser cristiano se ha de «nacer» cristiano. Las conversaciones adultas son insólitas y discutibles. Empleo el verbo «nacer» en un sentido metafórico, sí. Pero ya se me entiende. Cualquier residuo «idealista» que perdure impedirá ser «materialista». Y además ¿«materialista dialéctico»?

Hubo un momento —ha habido varios— en la Europa de la «Intelligentsia», en que ser de izquierdas y ser marxista era lo automático. El equivoco tuvo que estallar, y estalló. El Mayo del 68 reveló que los chavales izquierdosos, o «gauchistas», ni siquiera se habían leído el «Manifiesto» —el catecismo— y que permanecían en el área doctrinal o «filosó-

fica» de las elaboraciones intelectuales burguesas. La rabieta presuntamente ácrata del Mayo sorbonardo fue un desplante con tradición: Rimbaud, Lautreamont, cantidades de abstracción y de versos «maudits», de sexo reivindicativo y de insolencias gratuitas. La propuesta resultaba ininteligible para el «prolo» normal. Cuya «conciencia de clase» tampoco era nada del otro jueves. Pero, en realidad, lo del 68 ya fue un toque de alarma. El marxismo escolástico era puesto en tela de juicio a través de pintadas, gritos, canciones y pancartas. Los escolares rebeldes no daban más de sí. Pasaron los años, y, de pronto, de otra generación universitaria, salen unos «filósofos» que conocen sus clásicos y escriben con los hábitos cartesianos de los «liceos» burgueses. Eso es Francia: la cultura francesa. No aprendieron a ser marxistas, y no lo son. De eso se ha hecho un espectáculo iridiscente y sonoro. En el fondo, no es más que una tontería. No hace falta ser marxista —yo no lo soy— para verlo claro.

Dentro de unos meses, los «jóvenes filósofos» habrán ingresado en la plantilla de los «valores consagrados» del negocio editorial —y, si no, peor para ellos—: habrá que esperar otra proposición divertida en las páginas de la prensa de París, tan culturizada. La nueva «moda» será de novela, de poesía, de teatro, de psicología, de teología, de «literatura fantástica» siempre. El marxismo, ya destronado de la «moda», mantendrá sus posiciones «científicas», o sea, por encima de las modas. ¿Hasta qué punto es «científico» el marxismo? Lo ignoro, y mantengo mis perplejidades. Lo que no es «científico», de ninguna manera, es la «filosofía». Marx proponía unos planteamientos económicos y sociológicos, que, si no son «científicos» —las «ciencias sociales» o las «ciencias humanas» apenas son «ciencias»—, se erigen contra la «fantasía» maquiavel, desbordada y cómplice de los «filósofos». El concepto de «plus-valía», o el de «lucha de clases», no serán exactamente «científicos»; nociones como el «ser» y la «nada», y el arsenal terminológico de la Metafísica, son una estricta tomadura de pelo. Esa es la diferencia. Y en eso estamos.

Joan FUSTER

**CARTAS DE LOS LECTORES**

**RUBIAS Y AUTOBUSES**

Señor Director:  
En «La Vanguardia» del jueves 1.º del corriente y en la interesante y leída sección de Cartas de los lectores, se publicó una titulada «Nota de socorro» relativa a la desaparición de «rubias» que dificulta las pequeñas transacciones. Me extraña que tratándose de un tema que afecta a tantos ciudadanos, no haya aparecido ninguna respuesta a aquella «Nota de socorro», por lo cual me permito exponer al firmante C. M. dos causas que pueden producir la carestía de monedas de una peseta.  
Yo le recomiendo que un domingo por la mañana, se dé una vuelta por la Plaza Real y verá cómo en medio de los numerosos filatélicos que buscan u ofrecen sellos diversos, tal mercado se ha visto ampliado por una serie de individuos que, con la capa de numismáticos, ofrecen «rubias» en cartuchos intactos de banco, a precio superior a su valor real. ¿De dónde salen tantas pesetas que permiten una acaparración con fines especulativos? Bastaría para detener tal abuso, que algún domingo la policía practicara una razzia y recogiera todas las rubias a la venta, abonándolas en papel moneda a su justo valor.  
Otra circunstancia que sugiero calcule el Sr. M. C. es la siguiente: ¿Cuántos pasajeros transporta diariamente un autobús? ¿Cuántos autobuses circulan en Barcelona? Multiplique una cantidad por la otra y obtendrá el número de pasajeros que han abonado CUATRO pesetas cada uno. Ello sin añadir las que puede significar la recaudación de los Metros.  
Si no se devuelven en cambios, ¿cómo se reintegra esta ingente cantidad a la circulación? ¿Cómo se efectúa lo que ahora se ha llamado el «reciclaje»? En todo caso, para comodidad de los usuarios de los transportes urbanos, eleyése la tarifa a 10 pesetas y pónganse en circulación a 100 pesetas, unos abonos de once viajes, con cupones recordables o perforables; todo sería mejor que las molestias actuales.  
Hay otros agujeros en el cedazo por donde se cuecen las rubias, pero la presente tiene ya suficiente extensión y no quiero ocuparle más espacio.  
María CASAS

Antonio BIADA I SALA

**UN PROFESOR PARTIDARIO DE LA ESCUELA UNICA**

Señor Director:  
Para empezar, diré que no deja de ser curioso que los que combaten la escuela única hablen, en apoyo de su tesis, de los 40 de dictadura fascistoide que ha sufrido nuestro país, sin caer en la cuenta de que precisamente el régimen anterior se cuidó muy mucho de no favorecer en absoluto la aparición de dicha escuela única, sino precisamente lo contrario, pues sabía muy bien que la existencia de distintos tipos de centros docentes favorece y perpetúa la división de un país en distintas clases sociales, a saber: por un lado, una élite cuidadosamente condicionada para ocupar los puestos de mando e influencia, y por el otro, una masa no menos cuidadosamente predestinada a ser gobernada y, si conviene, manipulada y explotada.  
Creo que una escuela única de calidad altamente apreciable (y nada presupone que no tendría que ser así) es quizá lo único, aparte de la muerte, que puede establecer las bases de una verdadera igualdad entre los humanos, una igualdad, ya lo sé, que más adelante las distintas capacidades y potencialidades de cada uno irán haciendo cada vez más precaria; pero al menos, el punto de partida habría sido idéntico para todos y se conseguiría la formación de un estilo general en la manera de producirse que haría imposibles las irreductibles barreras que separan actualmente a unos individuos de otros según la formación recibida.  
Por otra parte, creo que no hay que olvidar que la petición de distintos tipos de escuela obedece, más que a sinceras motivaciones de tipo confesional o a auténticos fervores democráticos, obedece, repito, muchas veces, a razones menos confesables, como puedan serlo, por ejemplo, el proporcionar a los hijos unos contactos, unas amistades, unas relaciones, que el «día de mañana» les ayuden a colocarse ventajosamente en la vida, o, simplemente, que se pongan en contacto con elementos de su mismo status social, para que no pierdan el sentido de casta dominante. Ya sé que algunos me replicarán que el «buscar una buena posición para los hijos constituye uno

**de los derechos de la familia; pero se les podría preguntar hasta qué punto tienen derecho los padres a moldear el porvenir de sus retoños en función de la imagen que ellos tienen del mundo y de la vida. ¿Dónde termina el derecho y dónde empieza la mera violencia de la imposición? A mi parecer, la familia tiene el deber primordial de formar seres humanos emocionalmente libres, tiernos, valerosos y solidarios. Con esto, que no es poco, ya tiene bastante.**

Acenssi  
Esta escuela única tendría que ser, naturalmente, aconfesional, pero esto no impediría la existencia de adecuadas instituciones parroquiales para asumir la instrucción y formación religiosa de aquellos muchachos que así lo desearan. En cuanto al poder de manipulación del Estado que, según algunos, presupondría la escuela única, creo que la extensión que experimentaría la cultura la haría extremadamente difícil, tanto más cuanto que la institución escolar estaría respaldada por un Estado democrático. Y piénsese que un país inculto o meramente alfabetizado, aunque disfrute de un número de libertades formales, es manipulable no sólo por uno, sino por varios poderes.

UN PROFESOR DE E.G.B.

**«ELS SEGADORS» DESDE GALICIA**

Señor Director:  
He venido leyendo en su periódico cartas de los lectores sobre una falta de idoneidad del himno de Cataluña, «Els Segadors», para con los tiempos que vivimos de concordia. Yo no soy catalán y no sé cómo opinaría si lo fuera, ahora bien, como gallego que ama a su tierra, jamás admitiría otro himno que el «Hino Gallego» que escribió Pondal.  
Los himnos nacionales, salvo muy raras excepciones, no son productos de laboratorio sino que salen de las gargantas y corazones del pueblo generalmente durante la lucha, ya sea en la revolución, contra una invasión o invadiendo un país enemigo; cierto que hay una mente primera que gestó el canto, pero no es esa mente quien lo da a la luz, son las gargantas roncadas del pueblo quienes al fin forjan el himno tapando, incluso, a aquel primero que lo cantó.  
Que un himno sea guerrero es la cosa más natural del mundo y tratar de cambiarlo por otro más «bucólico» a causa de determinado momento político, a mi modesto entender es el más grave de los errores, salvo, quizás, el prohibir o proscribir el himno de determinado pueblo por parte de la autoridad central dominante.  
Estoy completamente de acuerdo con un comunicante que le decía que un himno revolucionario por excelencia es «La Marsellesa» y no por ello el Gobierno francés pensó en cambiarlo o suavizarlo, pues representa lo que representa y nadie tiene ideas raras al escucharlo.  
Al pretender borrar esos cantos patrióticos de la mente de los pueblos, lo que se trata es de anular su sentido histórico, borrar en una palabra todas aquellas acciones que lo enaltecen a lo largo de su historia; de eso, por desgracia, sabe-

mos mucho aquí en Galicia, que fue degradada de reino a provincia de segundo orden de un reino de segundo orden (León) del imperio de Castilla. Así, si queremos aquí recordar a nuestros héroes, no nos queda más remedio que echar mano o del medioevo o de los héroes míticos del tiempo de los celtas, después no tenemos noticias.

Antonio SOTO SANTAMARIA

**INFORMES COMERCIALES**

Señor Director:  
Hacemos referencia a la carta firmada por su suscriptor n.º 25.880, publicada por ustedes el día 2 de los corrientes. Ante todo deseamos felicitar a dicho suscriptor por lo bien y claro que ha expuesto la problemática del informe comercial y agradecer su atención a cuantos se preocupan por este tema.  
No obstante deseamos decir lo siguiente: el cliente que compra un taronario de informes a precios muy inferiores a los de mercado, a nuestro modo de ver creamos que: 1.º, está cometiendo un abuso, aprovechándose de la debilidad económica de la agencia de informes; 2.º, debe saber y lo sabe, que se arriesga con un tanto por ciento muy elevado de posibilidades a resultar engañado.  
Tanto es así, y estamos tan convencidos de lo dicho, que el mencionado suscriptor y cualquiera que durante este año en Barcelona y su provincia hayan comprado un taronario de informes a precios normales de mercado y no se lo hayan servido, lo haremos gratuitamente.  
INFORMACION COMERCIAL EUROPEA, S. A.  
Licencia Gubernativa 67-C  
N.º identificación fiscal A-08384539

**LA ESCUELA UNICA**

Señor Director:  
Si la democracia llega a ser un hecho, llegará empujada por esos jóvenes educados de alguna manera en la época franquista; por esos jóvenes licenciados, abogados, historiadores, sociólogos, que aprendieron a pensar del 40 al 77. Los frutos de su pensamiento están apuntando, aún verdes, aún imperfectos, pero inevitablemente aquí...  
Aquí está, por ejemplo, la escuela única. Fruto en agraz de un pensamiento adulto, de una mente cultivada en esos cuarenta años. La señorita Mata Garriga, maestra, licenciada en Ciencias Naturales (¿para hacer honor a su nombre?), licenciada en Pedagogía, recientemente diputado y más recientemente ¿quién sabe?, es principal gestora de tal fruto. Esperemos de la democracia otro tanto. Que puedan los hijos varios de madres maestras-viudas-sin-más-recursos estudiar cada uno de ellos varias carreras universitarias para que puedan luego alumbrar otros tantos frutos que, gestados en plena democracia, serán mucho más democráticos que la tal escuela única matagarriguesa. Solamente que, para que lleguen, ¿tendremos, Sr. Director, que esperar otros cuarenta años?

Margarita PLADEVALL

**ESCUELA UNICA O LIBRE**

Señor Director:  
Habría que destacar el tono correcto mantenido durante toda la discusión, sobre el citado tema, por los señores García Llorente (PSOE), y Frailé, de UCD.  
Al señor García Llorente le agradecería su contestación a las siguientes cuestiones, referente a su intervención:  
1. En qué países se cumple actualmente, la enseñanza autogestionada, ¿no será en Cuba, Yugoslavia, etc.?  
2. Me gustaría conocer si se va a preguntar directamente a los padres, el tipo de escuelas que deseamos, o personas «más sabias que nosotros», nos indicarán lo que conviene a nuestros hijos.  
3. Una libertad que significa que el que no está conforme con la educación que «dan» a sus hijos, tenga que pagarse la que crea adecuada de acuerdo con